



**Tres relatos en los que la
amistad acaba enamorando.**

*Amiga...
me vuelves
loco*

MARÍA BEATOBE

Amiga,
me vuelves loco...

María Beatobe

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con objeto de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Amiga...me vuelves loco.

©María Beatobe, 2019.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Mayo de 2019.

“Como quieres ser mi amiga,

Si por ti daría la vida”

Jarabe de Palo.

Prólogo:

Es complicado explicar la sensación de responsabilidad y satisfacción a la misma vez, que me despertó el mensaje de María ofreciéndome ser parte de este maravilloso proyecto. Una vez más, unidos por el mundo de las letras, de una manera u otra siempre estamos conectados y eso hace tener mucha cautela porque, no quisiera no estar a la altura.

María tiene algo especial que nos hace entrar en mundos mágicos de amor con cosas reales y cotidianas, te hace retroceder y parecer tú, el protagonista de lo que lees.

Tiene una delicadeza a la hora de expresar sentimientos y sensaciones que se me eriza la piel al leerla. Y es que María es puro amor y eso se refleja en lo que hace.

En “*¿Puedo besarte?*”, podemos adentrarnos en algo tan real y mágico a la vez, que nos parecerá haber escrito nosotros mismo la historia, porque a todos nos ha pasado o tenemos a alguien cercano que lo ha vivido. Traspasar esa línea tan delgada a la vista y tan gruesa a los sentimientos que te la juegas todo como si fuese una partida de póker: “*all in*”.

En “*La Carta*”, se refleja el deseo más profundo expresado en cuatro líneas. Donde se puede palpar casi todos los estados de ánimo que un ser humano puede tener. Es tan profundo que creeremos ser normal y todo por miedo a recordar que todos hemos hecho lo mismo alguna vez en nuestra vida.

En “*Una noche de verano más*”, María relata con tal sinceridad y transparencia el amor, que se me viene una frase de mi libro “Tan tuyo... tan mío” que dice: “te amo en secreto”. Y todo hasta que el secreto deja de serlo porque tus sentimientos no aguantan más y es tu mirada y tus actos quienes gritan la realidad. Una historia con un trío amoroso donde al final el corazón gana a la razón.

Te deseo todo el éxito del mundo amiga. E. R. F.

Efrén Reyero

¿PUEDO BESARTE?



Aquella tarde estaba tumbada en el sofá viendo la televisión, no tenía ganas de hacer nada, cuando el sonido de un mensaje en el móvil me despertó de mi letargo. Me levanté, saqué el teléfono del bolso y lo leí.

— Nai, ¿una cerveza esta tarde en “*La bodega*” a las nueve?

Era Isaac, mi mejor amigo desde que teníamos apenas doce años. ¡Ay! perdonadme que no me he presentado, me llamo Naia, pero todos me llaman Nai, tengo veinticuatro años y soy diseñadora de moda, o al menos eso pretendo ser en un futuro, me estoy preparando a conciencia para ello y voy haciendo mis primeros trabajos.

Isaac, como antes os contaba, es mi mejor amigo desde la infancia. Nos conocimos porque ambos vivíamos en el mismo barrio e hicimos pandilla con más gente.

Él y yo conectamos desde el principio, lo cual me extrañó por lo vergonzosa que yo era en esa época, cualquier chico que se me pusiera a menos de cinco metros hacía que me pusiera colorada y me paralizaba, pero tal cual. Menos mal que la edad y la experiencia me ha ido espabilando un poco en temas de hombres, porque si no, menudo futuro amoroso me esperaba...

Recuerdo que en el colegio, cuando tenía unos cinco años, había un niño rubio con el pelo a melenita que me parecía guapísimo. Nunca jugaba conmigo, pero un día se acercó a mí para intercambiar unos cromos de fútbol (tema que no me interesaba absolutamente nada) y ¡casi me muero de la vergüenza! Es curioso que ya con esa edad sintiera esas cosquillas en el estómago. Pero es que os prometo que era guapísimo, o mis cinco años de vida me hacían verlo así.

Una noche en plenas fiestas del barrio, entre bailes y festividad, cuando yo tenía diecisiete años e Isaac diecinueve, me propuso dar una vuelta y salir del jaleo de la celebración. He de reconocer que teníamos una química especial, difícil de explicar, pero que con solo mirarnos ya sabíamos lo que el otro pensaba. ¿Quién no ha tenido alguna vez un mejor amigo así? Con el que tienes unas confianza tan ciega que serías capaz de contarle cualquier cosa por íntima que fuera.

Pero como todo en la vida, la cosa se complicó aquella noche.

Paseamos bromeando y jugueteando, riéndonos mientras compartíamos un mini de cerveza. Evidentemente no era la primera vez que paseábamos solos, pero esa noche no sé si por la luna o por qué, el ambiente estaba raro... más desinhibido diría.

Acabamos en un parque cercano a casa. No había nadie, rozaban las dos de la mañana y nos sentamos en un banco.

Sin saber cómo, la mirada de Isaac cambió y de repente, con un semblante serio pero decidido, me preguntó:

— Nai ¿puedo besarte? — clavó sus ojos en los míos con firmeza, mientras retiraba el mini de cerveza de mi mano, para dejarlo en el suelo, y después acercarse a mis labios, poco a poco, sin dejar de mirarlos.

Aturdida y con el corazón a mil por hora, cerré los ojos y me dejé llevar, de hecho creo que mi inconsciente llevaba años esperando este momento. Y ahora me lo acababa de brindar.

Nos besamos con ternura, con dulzura mientras él paseaba su mano por mi nuca y yo sentía un cosquilleo en mi estómago... hasta que, sin pensarlo, me senté a horcajadas sobre sus piernas y empezamos a besarnos con pasión.

Me acariciaba la espalda con deseo apretándome hacia su cuerpo y yo le cogía por la nuca como si me fuera la vida en ello.

Daba la sensación de que los dos deseábamos hacer eso desde hacía mucho tiempo.

Nuestros cuerpos hablaban por sí mismos. No podíamos dejar de besarnos, nuestras lenguas bailaban al mismo ritmo y deseé que el tiempo se parara.

Nos separamos un segundo para coger aire y dar voz a mi jodido subconsciente.

— Que estamos haciendo... – susurré apoyando mi frente en la suya.

—Esto es una locura... ¿verdad? – respondió con la respiración agitada y una sonrisa torcida tremendamente atractiva.

No me dio tiempo a responder cuando tenía de nuevo su boca sobre la mía. No tuve poder de reacción para retirarme, y lo cierto es que no quería hacerlo. Era mi mejor amigo y sabía que esto iba a cambiar el rumbo de nuestra amistad sin ninguna duda, pero no me arrepentía para nada de lo que ahora mismo estaba pasando.

Esa noche ya no volvimos con los demás, nos devoramos a besos por cada rincón como si se fuera a acabar el mundo. Me acompañó a casa al amanecer con los labios rojizos e hinchados de tanto besarnos. Nos abrazamos durante minutos sin pronunciar palabra, hasta que rompí el silencio.

—... ¿Y mañana qué? – pregunté apoyando mi cabeza en su pecho.

—No pienses en mañana... los dos sabemos que será complicado, pero disfrutemos del ahora. – susurró posando un beso en mi sien.

—No quiero estropearlo – dije a pocos milímetros de su boca.

—No dejemos que pase... – musitó casi pegado a mis labios y su mano acariciando mi mejilla.

Y nos despedimos con un beso devorador, que nos hizo estremecernos por dentro y por fuera.

Pero pasó, y al día siguiente no nos vimos, yo no sé él, pero yo, no me atreví. Ni él me llamó ni yo le llamé.

Cuando volvimos a vernos habían pasado un par días y no sabíamos ni cómo actuar. Nuestras miradas coincidían y enseguida la retirábamos como si nos quemara reconocer con los ojos lo que habíamos disfrutado con el cuerpo.

Era como tener miedo a reconocer que aquello había ocurrido, y no sólo eso, si no que nos había gustado...y mucho.

Me había pasado esas dos noches soñando despierta y rememorando todo lo que habíamos vivido aquella noche de las fiestas. Imaginándonos como una pareja más que se deja ver regalándose besos por la calle sin pensar que pasará con nuestra amistad ahora que habíamos pasado esa delgada línea.

Pero a los dos se nos atragantaron las palabras en la garganta, y suponía que la edad, la inexperiencia y la sensación de haberlo estropeado, pudo más.

Qué raro fue todo...

No sé por qué pero no llegamos a hablarlo.

Mantuvimos el buen rollo durante meses aunque a veces, y de manera algo forzada, seguíamos hablando, llamándonos, pero poco más. Ni una palabra del famoso día.

Aproximadamente un año después, a fuerza del día a día, recobramos la amistad que habíamos perdido por aquel rollo de una noche, yo me sentía bien con él y conmigo misma por haber recobrado casi toda aquella confianza, e incluso una noche hablamos de lo que pasó, hasta conseguimos reírnos de ello y nos prometimos que no volveríamos a estropearlo todo por un calentón (ambos sabíamos que fue mucho más que eso...jodido orgullo)

Fue una conversación que sacó él una noche entre risas y bromas, cuando nos quedamos solos en el bar tras tomar unas cervezas con los amigos.

Reconozco que se me encogió el estómago cuando dijo:

—Qué noche aquella cuando caímos en la tentación ¿eh Nai? – dijo con media sonrisa y la voz ronca, tras dar un sorbo a su cerveza.

Al principio me quede un poco cortada, me pilló fuera de juego, pero me miraba de una manera que estaba más que claro que se refería a aquella noche. Suspiré antes de responder. Y tras dar un trago a la cerveza, más largo de lo habitual para coger fuerzas y darme tiempo antes de hablar, hablé:

— Si... mordimos la manzana – respondí con media sonrisa.

— ¿Te supo bien? La manzana, digo – preguntó vacilón.

—No estuvo mal – dije entrecerrando los ojos y manteniéndole la mirada. – mejorable diría yo – otro trago a la cerveza.

— ¿Perdona? – contestó alzando las cejas jocoso.

Y así, riendo a carcajadas, conseguimos quitarnos esa espinita que teníamos los dos clavada y tanto daño nos estaba haciendo teniéndola enquistada.

Ahora con veinticuatro años volvemos a ser los mismos de siempre. Más mayores, menos gamberros y más centrados.

Él ha empezado una relación con Rosa, una chica del barrio, llevan unos tres meses juntos y yo tengo mis amigos con derecho a roce. No me apetece mucho meterme en una relación seria ahora mismo. Estoy dedicada a sacar mi profesión adelante y reconozco que lo paso bien, sin compromisos.

Me preparé para quedar con Isaac a tomar una cerveza como otras tantas veces. Me puse unos vaqueros tobilleros, una camiseta blanca básica de pico y sandalias negras de cuña. Me dejé el pelo suelto y me puse una base de maquillaje, máscara de pestañas y gloss color coral.

Fui al bar donde habíamos quedado y allí estaba, sentado en una de las mesas del fondo de la terraza fumándose en cigarro y mirando el móvil, ajeno a mi llegada.

Estábamos en primavera y los bares ya empezaban a montar su negocio fuera de sus cuatro paredes. Me acerqué y debió de sentirme porque levantó la vista y me recibió con una sonrisa.

— ¿Qué pasa, niño? – le pregunté mientras le daba dos besos.

Siempre le había llamado “niño”, después de volver a recobrar la amistad que habíamos perdido, empecé a llamarle así de manera casual, y terminó siendo la manera en que me dirigía a él siempre.

— Pues nada, aquí estamos, tomando una cervecita esperándote...—respondió con una sonrisa forzada.

— Uyyy...a tí te pasa algo – afirmé frunciendo el ceño y mirándole a los ojos.

—No, que va, no seas tonta...— respondió evitando mi mirada y dando una larga calada al cigarro.

—A ver Isaac, nos conocemos desde hace tantos años que podría adivinar cuando ha sido la última vez que te has acostado con alguien – una pequeña carcajada salió de su boca – Así que ya puedes empezar a hablar.

—Hay que ver que gráfica eres, joder.

—Ya me conoces, no tengo filtro. – sonreí triunfante al ver que había conseguido que me mirara.

Le pedí al camarero que me trajera un tercio y una bolsa de patatas, la tarde prometía ser más seria de lo que yo me planteaba. No pasaron ni dos minutos cuando ya tenía la bebida y la comida sobre la mesa. Le dí un trago a la cerveza y suspiré.

—Soy toda oídos, niño...— dije acercando mi silla a la suya.

Me miró de soslayo y medio sonrió, pero sus ojos no hicieron lo mismo. Inspiró con fuerza... exhaló despacio y lanzó la bomba.

—Nai, me marchó – dijo sosteniéndome la mirada esperando mi reacción.

— ¿Cómo te me marchas? ¿Dónde? – pregunté frunciendo el ceño confundida.

—Me marchó una temporada a Londres.

El gesto de la cara se me transformó.

— ¿Cómo? ¿A Londres? – dije cogiéndole las manos. – ¿Ha ocurrido algo? ¿Tu familia está bien?

— Si, tranquila. No es por ellos. – hizo una pausa – Bueno...quiero aprender el idioma, ya sabes, me vendrá bien para el currículo y ahora que estoy en paro quiero aprovechar –cogió su cerveza y le dio un trago largo.

No me parecía del todo sincero, no sé... estaba muy raro. Le costaba en algunos momentos sostenerme la mirada. No se mostraba contento, al revés, daba la sensación de que se iba por obligación.

—Pero a ver...espera, espera – dije alzando mis manos – aquí algo no me cuadra. ¿Te ha pasado algo con Rosa?

—A ver Nai...

— ¿Es eso? ¿Las cosas no van bien entre vosotros?

—Rosa y yo lo dejamos hace unos días.

Ahora sí que estaba fuera de juego totalmente, ¿pero no se supone que es mi mejor amigo y debería de haberme enterado de esto cuando sucedió? Estaba totalmente desconcertada.

— Pero Isaac, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

— No lo sé Nai, no sé explicarlo, es complicado –dijo mirando sus manos mientras jugueteaba con ellas – La relación no terminaba de llenarme del todo, no sentía que esto fuera a llegar a ninguna parte y no me parecía justo para ella.

—Pero se os veía bien.

— Mal no estábamos, pero bien tampoco –levantó la mirada hacia mí– Nai, no estaba enamorado de ella.

Nunca estas preparada para mantener conversaciones de este tipo, porque ahora que le digo, ¿que lo siento? ¿Que me alegro si es por su bien? No sé...

— Y ella ¿cómo se lo ha tomado?

— Bueno, regular la verdad, y la entiendo. Pero tenía que hacerlo bien y hablarlo antes de que la cosa fuera a más y nos hiciéramos más daño.

—Has hecho bien– y me levanté para acercarme a él, cogerle la mano para se levantara y darle un fuerte abrazo.

Apoyó su cabeza en mi hombro y noté su respiración en el hueco de mi cuello. Le dí un beso en el pelo y nos separamos. Le cogí las manos de nuevo y le pregunté.

— ¿Por eso te vas a Londres?

—Bueno... también influye .Necesito irme de aquí unos meses, creo que me va a venir bien.

— ¿Me abandonas, eh? – dije con media sonrisa y los ojos acuosos.

— Ey... niña no te irás a poner a llorar ¿verdad? – me volvió a abrazar.

—Ya sabes... tengo un número de lágrimas al día para gastar y estas son las de hoy– forcé una sonrisa.

—Sabes que estoy a nada en avión ¿verdad? – asentí con la cabeza– Y el teléfono aunque no lo creas también llega hasta allí.

—No te olvides de mi ¿eh? – tragué saliva –¿A quién vas a encontrar tú tan cabra loca como yo allí ,que son todos tan estirados?

Sonrió ante mi comentario.

—¿Pero tú crees que voy a querer olvidarte?Ni quiero ni creo que pueda–
respondió serio cogiéndome la cara entre sus manos y limpiando mis lágrimas con sus pulgares.

— ¿Y cuándo te vas? – pregunté con miedo.

—Me marcho en dos días.

— ¿Ya? ¿Tan pronto?

—Si Nai, créeme, es lo mejor.

— Esto estaba ya planeado hace tiempo ¿verdad? – Bajó la cabeza – ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque para mí habría sido insoportable estar un mes despidiéndome de ti. Quiero creer que así es más fácil. Llámame iluso.

— ¿Puedo al menos acompañarte al aeropuerto?

—No te preocupes, me lleva Andrés.

—Porqué si para ti es algo bueno, a mí me duele tanto... – me lancé a decir.

Me miró serio, pasaron unos segundos que nos miramos con tensión. Se hicieron eternos.

—Porque supongo que algo te importo – respondió apretando los labios.

Sonreí triste y le volví a abrazar.

Fue la última vez que nos vimos. Nos despedidos en la terraza de aquel bar y nos dimos un abrazo del que éramos incapaces de separarnos. Lloré y él

también derramó alguna lágrima. No quería de ninguna de las maneras que se marchara, pero si para él era lo que debía hacer, lo aceptaría aunque me costara.

No volvimos a vernos durante cinco años. Cinco largos años en los que al principio hablábamos casi a diario, luego semanalmente...y más tarde cuando podíamos. La cosa se enfrió, él hizo nuevos amigos allí. Yo empecé a trabajar en un estudio de moda y me llevaba muchísimas horas al día... y él cambió de número de teléfono. Un día que fui a llamarle me saltó una voz que decía que ese número de teléfono no existía. Me quedé desconcertada, no entendía nada. Algo murió dentro de mí.

Ahora tengo veintinueve años y me acuerdo mucho de él. Creo que nunca podré olvidarle, una amistad como la nuestra se queda tatuada de por vida, y me niego a no saber nada de él.

Una tarde entré en una conocida librería, disfruto mucho en estos establecimientos mirando los libros, me pierdo entre sus letras y me relaja mucho. Mientras sostenía uno de ellos y leía su sinopsis escuché una voz tras de mí.

— ¿Nai? – pronunció una voz masculina.

Me giré en seguida y me quedé de piedra. Isaac estaba delante de mí, con la misma mirada y sonrisa de siempre.

— ¿Isaac? – dije perpleja.

—Vaya, aun no te has olvidado de mí – respondió con media sonrisa.

—Pero... –parpadeé sin creerme tenerlo delante de mí.

— Lo siento, Nai – dijo sin dejarme terminar.

Tragué saliva y le miré con sorpresa, una parte de mí estaba muy enfadada con él por haber desaparecido de mi vida de esa manera, tan brusca, sin explicaciones, ni palabras... nada.

— ¿Cuándo has vuelto? – me atreví a preguntar algo tensa.

—Bueno...volví la semana pasada– dijo jugando con sus manos nervioso.

— No pensabas llamarme por lo que veo.

—Perdóname Nai...estas enfadada ¿verdad?

— ¿Tú qué crees? – dije desafiándole con la mirada.

—Tienes todo el derecho – respondió bajando la mirada – Mira Nai, me están esperando fuera unos amigos, me pareció verte aquí y he entrado para comprobarlo. Sé que no vas a aceptar, pero me gustaría que tomáramos algo juntos esta noche y poder hablar contigo con total confianza y sinceridad.

No pude evitar negar con la cabeza y resoplar.

— Dejaste de ser sincero conmigo desde el día que me dijiste que te marchabas a Londres.

Cuando me giré para marcharme de allí, Isaac me cogió de la mano impidiéndome continuar.

— Por favor, Nai. Aunque sea la última vez que hablemos. Te lo pido por favor.

Estuve unos segundos sin poder contestar, quería saber que había sido de él, porque desapareció, pero no quería que me volviera a hacer tanto daño como lo hizo cuando se marchó y se esfumó de mi vida. Pero tomé una decisión y con contundencia respondí:

— A las diez en el bar de siempre – y me marché sin mirar atrás.

Llegué a casa como atontada, sin creermelo aun lo que había pasado. Después de cinco años Isaac había vuelto a mi vida, y aunque me molestara reconocerlo por lo mal que me lo había hecho pasar, me alegraba tenerlo de nuevo cerca.

Me arreglé para salir y marché camino del bar sin poder evitar que me temblaran las piernas por el reencuentro que se iba a producir.

Cuando llegué, Isaac estaba apoyado en la pared anexa al bar. Estaba guapísimo, más maduro y con un cuerpo más modelado que cuando se fue. Tenía el pelo más largo, y algo de barba que le hacía aun mas interesante. Me acerqué y vino a darme dos besos.

— Estas preciosa ,Nai – dijo tras saludarme.

— Gracias – respondí seca.

—Mira Nai, sé que para ti esta situación es muy rara, y te entiendo. He sido un gilipollas y entiendo que estés distante conmigo. – Suspiró y después cogió aire de nuevo antes de hablar - Había pensado si mejor dábamos un paseo por la zona del parque y hablábamos más tranquilos. El bar está lleno y va a ser algo complicado - dijo inseguro esperando mi respuesta. – Sólo si tú quieres.

—Está bien – respondí escueta.

Paseamos por la zona del parque en silencio, intentando acomodarnos a estar de nuevo juntos. Yo no sabía que decir, y a él se le notaba nervioso. Pero de pronto, Isaac se paró y me cogió la mano.

— Nai, escúchame, necesito contarte que me pasó o voy a morir ahogado por mis propias palabras.

Fui a hablar y me puso el dedo índice sobre mis labios.

— Por favor Nai, déjame que lo diga todo de tirón porque si no a lo mejor me arrepiento y no me perdonaré nunca no haber sido sincero contigo del todo. Porque creo que te lo mereces y que he sido totalmente injusto contigo todo este tiempo. Lo primero de todo quiero que sepas que mi intención, en ningún caso, fue hacerte daño, pero necesité marchar y poner distancia entre nosotros porque si no iba a morirme – me apretó las manos entre las suyas y fijó su mirada con firmeza en la mía – Nai, te quiero. Te quiero más que a nada en este mundo. Te quiero desde que éramos unos niños, cuando me llamas “niño” me haces sentir especial, te quiero tanto que hasta me duele tenerte cerca y no poder besarte. Cuando te dije que me marchaba a Londres lo hice porque no aguantaba más tenerte sólo como amiga. Lo dejé con Rosa antes de irme, porque le dije que estaba enamorado de tí y no podía seguir mintiéndome más e intentar fingir que no te quería. Cuando te conté que me iba y me abrazaste y me preguntaste que si la ruptura con Rosa era el motivo de mi marcha, te miré y deseé besarte con fuerza y decirte que te quería, que te amaba, que daría lo que fuera porque me quisieras tú también...En Londres me sentía morir cuando colgaba el teléfono después de hablar contigo, no verte era horrible, Nai. Por eso hice algo tan egoísta y cobarde como cambiar de número. Te juro que no lo soportaba. Te quiero mi niña, jamás te he dejado de querer.

Me quede inmóvil, perpleja, tragué saliva varias veces, bajé la mirada porque necesitaba que todo lo que acababa de escuchar, mi cabeza lo asimilara.

Estaba algo aturdida. Jamás pensé que yo fuera la razón de su marcha. ¿Cómo había estado tan ciega? Estaba enamorado de mí...

—Dime algo por favor – susurró apoyando su frente en la mía – Me voy a volver loco.

Separamos nuestras frentes y le miré, con los ojos empañados. No me salían las palabras, tenía un nudo en la garganta. Suspiré y le miré los labios. Él esperaba impaciente, mirándome con los ojos muy abiertos y expectantes. Me acerqué con decisión y le besé. El aceptó ese beso como quien se agarra a un salvavidas. Me abrazó y yo hice lo mismo. Nos besamos con pasión y nervios. Me separé despacio de él y puse mis manos sobre su pecho.

— ¿Te vale como respuesta... niño? – dije con una tímida sonrisa.

Automáticamente una gran sonrisa se dibujó en su cara. Su gesto se relajó y me abrazó cogiéndome de la cintura y alzándome del suelo. Yo también le quería, yo también estaba enamorada, el día que me dijo que se marchaba creí morir cuando llegué a casa. En ese momento fue cuando realmente me di cuenta de que sentía algo más por Isaac que una amistad. Y cuando ya no pude localizarle me reproché no haber hecho nada para que se quedara y hacerle ver que podríamos ser algo más. Pero por suerte ha vuelto a mi vida, y lo ha hecho para quedarse.

Ése fue el principio de una relación en la que los dos nos queremos con locura y nos los demostramos a diario, aprovechando el tiempo que perdimos por no ser sinceros con nuestros sentimientos... ¿Quién dice que amistad y amor son incompatibles?

"LA CARTA"



Hugo, no sé qué decir. Reconozco que el hecho de que hayan cambiado tanto las cosas en un tiempo tan breve, ha provocado que me meta en una burbuja de la que no se salir, o no quiero hacerlo por miedo a lo que vaya a pasar a partir de ahora entre nosotros.

Reconozco que ha pasado lo que yo deseaba y sin entrometerme, o al menos eso quiero creer.

Cuentan que has dejado a tu novia y que lo has hecho por mí. Dicen que le has dicho que no puedes continuar la relación con ella porque estás enamorado de otra persona.

Y todos los dedos apuntan hacia mí.

Es un secreto a voces que entre tú y yo hay algo más sin que hayamos sobrepasado la pequeña línea que separa la amistad de una relación más personal.

Las miradas entre nosotros siempre han dicho tanto... que no nos hacían falta las palabras. Y por lo visto no éramos los únicos que nos dimos cuenta.

Hace apenas unas horas que sé lo que has hecho y ahora mismo me

encuentro en un estado de confusión, que no sabría explicarlo con palabras, sólo tendrías que entrar en mi mente y así lo entenderías.

No sé lo que te ha empujado a tomar esa decisión, pero no tengo el valor de ir y preguntártelo. Supongo que no todo el mundo tiene el coraje de hacer esas cosas y encontrarte con una aplastante realidad.

Tengo que confesar que siempre esperé este momento.

Reconozco que había noches que me acostaba y soñando despierta nos imaginaba juntos. Pero como pensaba que jamás ocurriría, no se me pasó por la cabeza el reflexionar lo que vendría después de ese mágico sueño.

Espero que pase, que vengas y seas tú el que me digas que ya no sigues con tu pareja. Que tengamos esa conversación que nunca tuvimos.

La adolescencia a tu lado fue lo mejor de mi vida, éramos cómplices, amigos ¿qué más podía pedir? pero la cosa se enfrió cuando empecé a tontear con las drogas. Tú querías ayudarme y yo no me dejé. Me sentía atacada cuando la realidad era otra distinta.

Han pasado cinco años, hace tres que estoy limpia y desde hace uno volvemos a tener esa relación tan estrecha que teníamos antes.

Te quiero. Y me da miedo escuchármelo decir en alto porque entonces me doy cuenta de que es real. Y da vértigo, te lo aseguro.

Si quieres que sea sincera, me da mucho desasosiego este después, porque tengo miedo de que salga mal y estropeemos la amistad que tenemos ahora, de nuevo tan sincera.

Sé que es el típico tópico de la amistad, pero lo siento así y no puedo evitarlo y espero que tu tengas un poco más de decisión y sentido común y te lances a empezar algo que debería haber continuado hace mucho tiempo y que mi inmadurez y la inexperiencia hicieron que no surgiera.

Quizá ese momento no era el propicio y fue por nuestro bien, pero yo no quiero desaprovechar la oportunidad brindada y voy a intentarlo. Puede que no salga bien, pero no me arrepentiré de no haber hecho nada.

Así que aquí me despido, esta carta es el fiel reflejo de mis sentimientos y espero tener noticias tuyas pronto.

Firmado, tu amiga.

UNA NOCHE DE VERANO MÁS



La tarde se alargaba mientras él estaba jugando con sus amigos al fútbol, y yo, tonta de mí, le volvía a mirar como cuando teníamos siete años y me preguntaba en el parque viejo si quería jugar en el balancín con él.

Hasta que alguien me sacó de mis pensamientos, de los cuales me sorprendí una vez fui consciente de la manera en que le estaba observando.

“Ya está ahí Raquel... Estoy segura que esa chica no es buena para él. Siempre termina metiéndole en problemas y discusiones con otros chicos” pensé.

Y yo quería lo mejor para él.

Desde pequeños habíamos sido los mejores amigos, de esos que unen sus dedos meñiques para jurar que jamás desvelarán un secreto que pudiera afectar al otro. Y eso, jamás se olvida por muchas cosas que pasen.

Pero los años fueron pasando y la universidad nos separó del todo.

Siempre hablabamos de hacer la carrera juntos, de irnos de fin de grado a disfrutar de una juerga memorable, de pasarnos la chuleta en el examen más difícil, de que nada ni nadie nos iba a separar. Pero no calculamos bien, se nos desvió esa preciosa amistad y se torció del todo cuando yo conocí a Miguel.

— ¡Vuelve que estás en babia! — me dijo mi amiga Andrea, dándome un suave golpe en el hombro.

— Ya, estaba pensando en...Miguel. — mentira piadosa — a ver si vuelve ya de Londres.

— Bueno, vamos a hacer una cosa ¿te apetece venir a cenar a casa? Sabes que mis padres en verano emigran al sur como las aves... Aunque también lo sabe éste — dijo señalando con la cabeza a su novio — ¡que se pasa tres meses en mi casa!

— ¿Y si os estropeo la noche?

— ¿A quién? ¿A nosotros? Tranquila, tenemos muchas noches...

— Bueno, pues entonces vale. No me vendrá mal un poco de compañía.

Y según terminé de hablar, Andrea le gritó a Rober un “*chiqui*” que se enteró todo el parque mientras corría hacia él. Yo me quedé mirando en el móvil la última app que me había descargado, lo reconocía, era una friki de las apps.

Después, Andrea volvió, pero no con la misma sonrisa con la que se había ido.

— ¡Este tío es tonto! Pues ¿no me dice que ha invitado a Chino a casa esta noche también? le he puesto a parir, le he dicho de todo... ¡Porque no puedo quedar con mi amiga en mi propia casa!

— Venga Andrea, no te pongas así, a mí no me importa, ¡que a Chino le conozco de toda la vida!

Aunque lo que no le dije a mi amiga es que me había dado un vuelco el corazón, volver a cenar con él después de lo distanciados que estábamos. Volver a mirarle a los ojos de cerca, su sonrisa, su pelo ligeramente alborotado... ¡Mierda! ¿Qué me estaba pasando?

Como la relación de amigos se enfrió, ya no quedábamos entre nosotros ni casi hablaba con él, sólo coincidíamos porque siempre íbamos a los mismos sitios y con la misma gente. Pero desde que empezó con Raquel, con *su* Raquel, no cruzábamos ni una palabra, pero si bastantes miradas fugaces.

— ¿Que no me ponga así? ¡Y con lo mal que me cae Raquel! Es que no la

aguanto, no puedo con ella, de verdad.

— Bueno que nosotras podemos quedar otro día, no te preocupes. — intenté relajarla.

— Que no, que tú vienes a mi casa como que yo soy Andrea Sanchidrián... Estate segura de eso, y al que no le guste que no mire.

— De verdad que no quiero causar problemas, que esta chica a mí ni me habla...

— Porque eres su rival y te tiene unos celos que no veas.

— Venga ya, no digas tonterías. Que yo sea amiga de Chino desde que éramos pequeños no significa nada, además entre nosotros nunca hemos tenido nada. Además ya casi ni hablamos, sólo nos dedicamos palabras para saludarnos o despedirnos y a veces ni eso.

Bueno, no habíamos tenido nada porque se me cruzó Miguel, y a Chino unas cuantas chicas, porque tenía que reconocer que siempre hubo una atracción y una tensión sexual bastante evidente entre nosotros.

¿Pero, por qué últimamente había algo que me pinchaba en el estómago cuando le veía con Raquel?

Siempre fuimos los mejores amigos, nada ni nadie nos separaba, desde aquel balancín del viejo parque, ir al cine a ver Harry Potter, o salir por primera vez a una discoteca...

Aquel verano sí que me gustaba de verdad, y me hubiera lanzado si no hubiera pensado en otra cosa que no fuera un balón. Y al final de esas vacaciones, en las que no pasó nada, fue cuando conocí a Miguel en la secretaría de la universidad.

Era totalmente distinto a Chino, tenía una personalidad que te embriagaba, era el típico chico de buena familia que había estudiado en colegio privado y becado en el mejor bufete de abogados de Londres. Aparentemente lo tenía todo. Y Chino tenía el pelo algo largo, un poco alborotado, las muñecas llenas de pulseras de cuero y unos ojos azules que te hacían perderte en ellos con solo una mirada, por no hablar de sus labios, que eran carnosos y seguramente adictivos una vez los probabas.

El mismo día que conocí a Miguel me llevó a su casa que quedaba a diez minutos de la facultad.

En una hora, habíamos pasado de estar haciendo la matrícula en la universidad y tomarnos un café en la cafetería del centro, a estar comiendo los dos solos en un gran salón que presidía un retrato de su bisabuelo Alfredo. En esa tarde me contó como su abuelo fue un hijo ilegítimo al que cuidaron los Condes de Sajonia, junto a su hermanastro Carlos Eduardo. Y cuando éste se unió al partido nazi después de abdicar de todos sus títulos, el bisabuelo emigró a España usando solo su segundo nombre, Ernesto, pero con el retrato y varios tesoros más que le ayudaron bastante a empezar una vida nueva.

Y esa misma tarde, al despedirnos, me pidió vernos al día siguiente... hasta hoy.

— Va, venga, ¡anímate! Vente a cenar – Andrea, tan cariñosa como siempre.

— No sé si es buena idea.

— Lo que no voy a permitir es que pueda venir Chino con la pedorra esa y tú te quedes en casa.

Suspiré y me lo pensé, hasta que respondí.

— Bueno vale, voy, pero no quiero historias. A la mínima que note que hay tensión, me voy a casa.

— Vaaaale. – me dio un abrazo - A las nueve y media, ¡no te retrases!

Cogí la bici y en cinco minutos estaba en casa, duchándome y pensando en que modelito me iba a poner. No entendía muy bien por qué, pero estaba muy nerviosa, bastante más que el día que quedamos todos para ir a esa discoteca hacía ya mucho tiempo. Y eso que hasta aquella noche, mi segundo nombre era “templanza”, hasta en las pruebas de acceso a la universidad estaba más tranquila que el día de la discoteca. Ese día que la gente pide tilas en las puertas del Centro de exámenes, y yo, con lo inconformista que soy, volví a repetir en septiembre para subir nota de lengua, porque no había salido contenta con el comentario de texto.

¿Me visto para matar o para morir? Eso me repetía en la ducha, el vestido de *Desigual* de las grandes noches o unos vaqueros y camiseta de tirantes, bueno,

tengo alguna con un escote más que sugerente, pero es que el *Desigual* me gustaba mucho.

— ¡Me encanta! — dije mirándome al espejo de cuerpo entero que tenía en mi habitación.

¡Uy! Lo he dicho en alto, pero me refiero al vestido, no a mí...

—No estoy nerviosa por Chino, está claro que no... - me auto convencía a mí misma de algo que ni yo tenía claro. Nuestro momento se fue y no hay otra, hoy íbamos a reunirnos unos amigos y ya, aunque... espera un momento...éramos cinco, ¡iba de “*sujetavelas*”!

—Le voy a poner un whatsapp a Andrea y ya está, no voy a ser la non.

Hasta ese momento la quedada se había centrado en Chino, en mis sentimientos hacia él y en que echaba de menos a Miguel. Pero los pensamientos iban por libre y siempre terminaban apareciendo en mi cabeza, esos ojazos azules.

—No, eso no puede ser, voy a la cena con unos amigos, ese es el plan, no voy a ver fantasmas donde no los hay. Yo tengo a mi chico, aunque esté en Londres. — me repetía en alto.

En ese momento me llegó un whatsapp, cogí el móvil y vi que era Andrea.

“Oye guapa, que hemos invitado también a Iván que estaba jugando con éstos”

Suena otro al segundo,

“y así no vas de “sujetavelas”, que estoy segura de que lo has pensado”.

Mírala que graciosa, parecía que me había leído el pensamiento.

Llevábamos mucho tiempo siendo amigas, me conocía perfectamente, y al igual que yo, no tragaba a Raquel, trataba fatal a Chino.

Incluso yo creía que le había puesto los cuernos, eso me habían comentado, pero sin pruebas no le podía soltar una bomba así a Chino, era lanzar mierda porque sí y yo no era así. Y no eran celos, estaba segura (bueno, casi), porque a Andrea tampoco le gustaba nada (volvemos al auto convencimiento)

“Salgo para tu casa, y no te preocupes, que no me importaba ir de “sujetavelas”. Yo ya tengo a mi chico”

Respondí continuando con mi auto convicción de que no sentía nada por Chino.

Con Miguel las cosas se habían enfriado desde que se había marchado y aunque ninguno de los dos queríamos reconocerlo, era más que evidente en el marchitamiento de nuestras conversaciones telefónicas.

Y en relación a Chino, él vería lo que hacía. No era un niño y tenía carácter y valor para enfrentarse a ella.

Yo misma vi como lo dejaba con un rollete suyo porque no aceptaba mi amistad con él, delante de mí rompió con esa pobre chica. La hizo daño, pero al él le dolía que no me aceptara a mí.

— Adiós papá, mamá. Me voy a cenar a casa de Andrea, me quedaré a dormir con ella.

— Vale hija, ten cuidado.

— Lo tendré.

Me dirigí con paso firme y decidido hacia casa de Andrea, me sentía segura de mí misma, me puse unas sandalias con un poquito de tacón que le quedaban de miedo a mi vestido, y un bolso pequeño de punto en el que me cabía el móvil y el monedero. No necesitaba nada más, sólo iba a cenar con unos amigos.

Llegué al chalet de Andrea a las diez menos cuarto. En seguida mi amiga se asomó por la puerta y me recibió con un gran abrazo.

— ¡Vamos! Que ya estamos todos.

— Se me ha hecho un poco tarde, pero sólo quince minutos – respondí mirando el reloj del móvil.

Cuando entré en el salón ya estaban todos sentados tomando una cerveza, menos Andrea que bebía un refresco.

El salón era amplio y bien decorado, muy poco recargado y muy espacioso, con dos sofás de tres plazas color café que resaltaban sobre el resto, todo blanco, menos una chimenea eléctrica color beige.

Lo que me resultaba curioso era que no tenían televisión. Eso sí, sus padres compraron un proyector que montaron en la buhardilla tipo cine. La de películas que habíamos disfrutado allí las dos solas.

Llegaron los saludos y la consecuente ronda de besos.

— Hola, Iván. — saludé.

— Hola, guapa.

— Hola, Unai, ¿cuántos días llevas aquí?— pregunté con guasa.

— Hola Eva. Sólo quince, hasta mis suegros ya me dicen que me traiga el cepillo de dientes.

Aquí voy, primero está sentada Raquel, después va Chino.

— Hola, Raquel.

— Hola.

Ha estado ella más seca que yo. De hecho ni ha rozado mi cara al darme dos besos. Y no me ha pasado desapercibida la mirada que Chino le ha dedicado. Creo que se avecina tormenta, pero vamos que a mí me da lo mismo, yo he venido a distraerme y pasar un buen rato, no me quiero amargar, hoy no.

— Hola, Chino. — Dos besazos y un abrazo que me pareció más largo de lo habitual.

— Hola, preciosa.

Raquel le acababa de asesinar con la mirada, suponía que por los dos besos, el abrazo y el piropo.

— ¿Quieres tomar algo? —me dijo Andrea.

— Sí, espera que voy por un poco de agua.

Necesitaba agua para pasar el trago, sentir sus manos en mi espalda y su olor... Pero Chino con el “hola preciosa”, en la misma cara de su chica, y sabiendo que ella no me podía ver ni en foto...

No sé por qué me daba que iba a ser una noche movidita.

Lo mismo les tocaba compartir sofá a Unai y Chino. Porque Andrea tenía

carácter, pero Raquel, era un volcán. Ahora mismo estaba segura que estaba a punto de entrar en erupción.

Cuando me iba a la cocina, la he visto de reojo sentarse con los brazos cruzados y mirando el frente con una expresión fría como el hielo.

De hecho, cuando he vuelto de nuevo al salón, Andrea me ha dicho que se había marchado al baño, y que estaba tardando.

Así que aproveché para ir a hablar con mi amigo.

— Bueno Chino ¿qué tal en tu casita nueva? – Rompí el hielo.

— Acoplando cosas todavía, ya tenemos cocina.

— Me alegro (bueno no tanto) ¿Y estáis viviendo juntos ya?

— Sólo los *findes*, luego cuando nos marchemos de aquí iremos para allá a dormir.

— Pues no te pases con las copas, que tienes que conducir después.

— Ya, está la cosa chungu con los controles de alcoholemia, pero Raquel no quiere coger mi moto, así que la tendré que llevar yo.

Primera conversación en meses, hacía mucho tiempo que no cruzábamos más de dos frases. A mí me daba pena, habíamos pasado mucho y muy buenos ratos.

— ¿Tu padre como lleva que le dejes de *Rodríguez*? – pregunté a Chino.

Su madre falleció cuando él era pequeño, y vivía con su padre.

— ¡Su padre está mejor que él y que yo!

Surgió la voz estridente de Raquel, desde la parte de atrás del sofá, como si no le gustase la pregunta. Yo lo tenía claro, era mi amigo y quería saber cómo le iba. Pero ella también lo tenía claro, no quería que nadie se acercara a él. Particularmente yo.

La tensión que ella sola emanaba, cortaba el ambiente.

Me levanté para ir a la cocina de nuevo a por algo de beber y ver si se destensaba un poco la situación, y a ver a Andrea, que estaba ayudando a Unai

con la cena.

Olía fenomenal según te acercabas a la cocina. Unai era sobrino de uno de los mejores cocineros vascos y llevaba la cocina en la sangre. Estaba estudiando en una escuela de cocina de Madrid. Era una delicia para el paladar saborear sus platos, ya fueran sencillos o complicados. Para mí todos parecían difíciles, pero él hacía que parecieran fáciles. Estoy segura que a Andrea la conquistó por el estómago.

— Unai, ¿qué delicia nos has preparado para hoy? – pregunté.

— Ha sido fácil, una tortillita de patatas con pimientos y algo de picar que acaba de llevar Andrea.

— Que buena pinta tiene. ¡Pero es del tamaño de la rueda de tu moto! ¿Fácil?

— Sólo hace falta echarle más huevos- se empezó a reír.

Me parecía un chico súper majo y simpático, me alegraba muchísimo que estuviera con Andrea, hacían muy buena pareja y se complementan fenomenal.

Ellos se conocieron en un pueblecito de Palencia, pasaban los veranos allí, en casa de los abuelos. Andrea después empezó a partir el verano entre el pueblo y Granada, cuando sus padres se compraron un apartamento en la playa. Pero ya había surgido la chispa. Ya se habían besado cuando ella contaba con quince primaveras, siempre me ha jurado que hasta el verano que hacía los dieciocho no perdió la virginidad, pero estoy segura que fue antes, uno o dos veranos antes. Segura ¡segura!

— Andrea ¿os ayudo a algo? ¿Voy poniendo la mesa? – propuse.

— No te preocupes, ya he llevado el picoteo, partimos la tortilla allí y llevamos los tenedores.

— Vale, pero si eso me lo dices.

No llevé vasos porque todos bebían su cerveza en lata y yo me bebí dos buenos vasos de agua. Pero me apetecía vino. Hoy si me tomaba un vinito.

— ¿Tienes vino? – pregunté.

— Sí, tengo algo por aquí de una cesta de navidad, ahora la abro y te lo llevo cuando saquemos la tortilla. Tú, siéntate.

Cogí el servilletero y marché para el salón, pero cuando entré vi la cara de Raquel, y era un poema. Ya estaba montada, seguro. Me senté al lado de Iván. Él también estaba enamorado, pero de sí mismo. Era bastante prepotente pero bueno, a mí me trataba bien. Su vida era el deporte y el gimnasio, pasaba más de cinco horas al día allí. Eso sí, era una auténtica mole, hasta había ganado un par de concursos a nivel nacional.

— ¿Qué tal estás, Iván? – pregunté.

— Bien, ahora a dieta. Mucha proteína, y poco más. Tengo concurso pronto.

Este Iván tan expresivo como siempre, sabía que le habían invitado por mí, para que no me sintiera una “*sujetavelas*”. Pero en ese momento el centro de atención era la pareja que estaba en el sillón de al lado. A Raquel le iba a explotar la vena del cuello.

Por fin trajeron la cena, no es que tuviera hambre, pero empezaba a pensar que sobraba en esta casa. Me sentía fuera de lugar. En el otro sofá siguen con mucha tensión, ni se hablan entre ellos. Y yo sentada con Iván, que lo nuestro era pura indiferencia, yo no sé qué pensaría él de mí, pero yo directamente me aburría.

— ¿Y me haces venir para una jodida tortilla? – Le oigo a Raquel decir en bajito a Chino.

— Venga ya... ¿qué problema tienes, Raquel? - Le respondió Chino levantando la voz.

— ¡Es que no puedo creer que me hagas esto! Has venido aquí a tontear con tu *amiguita*.

— Eh – la señaló con el dedo - no metas a nadie más en esto.

Mientras, yo miraba al resto, que estábamos alucinando. Ella estaba colorada como un tomate, taladrando con la mirada a su novio.

— Meto a quién yo quiera, y *ésta* ha venido a molestar.- se me abrieron los ojos como platos. ¡Ahora la culpa era mía!

— ¡Eh! que yo he venido aquí a cenar con mi amiga, ¡y no esperaba a nadie!- Ya me tuve yo que poner firme.

— Vamos a hablar fuera que te estás pasando.- Le indicó Chino a Raquel.

Salieron al patio y a los cinco minutos, entró solo. Me acerqué con cautela hacia él,

— ¿Estás bien?

—Si, tranquila.

— ¿Y Raquel?

— Se ha ido, y no sé porque me da que para siempre.

Nos quedamos mirando en silencio, no podía decirle que me alegraba, porque le veía afectado.

Y de repente, mientras me perdía en mis pensamientos, me dio un abrazo, colocó la cabeza sobre la mía, y suspiró, casi se echó a llorar, pero no rompió. Volver a sentir un abrazo tan cercano, hizo a mi cuerpo reaccionar y sentir lo que pensaba ya olvidado.

Cuando él estuvo preparado, se separó de mí, me dio un beso en la mejilla y se marchó para sentarse junto a Iván, que se limitó a darle un par de palmadas en la pierna. Unai se sentó al otro lado mientras Andrea y yo nos acomodábamos en el otro sofá cogidas de la mano. Ninguna de las dos tragábamos a Raquel. Y ella me había confirmado que yo era “su rival”.

— ¿Cómo estás? ¿A qué ha venido el numerito éste? – Unai abrió la ronda de preguntas.

— Estoy bien, esto viene de bastante atrás. Es una celosa enfermiza y hoy se ha pasado... - respondió mirándome fijamente al decir la última frase.

— ¿Y dónde se ha ido?- Siguió Andrea.

— Ha dicho que cogía un taxi y se iba a casa de sus padres, que mandaría a alguien a recoger sus cosas mañana.

Uff, pues sí había sido fuerte la cosa.

Me daba pena porque estaba muy ilusionado con su casa y con ella. Pero esto

es como las parejas que tienen un hijo para salvar su relación, que al final rompen cuando ese niño es pequeño.

Esta relación tenía fecha de caducidad, yo lo esperaba, por él, nunca los vi bien. Pero jamás que sería delante de mí y que yo fuera parte del detonante.

Mientras tanto, de los nervios, me había bebido sin apenas darme cuenta, la copa de vino que me había preparado Andrea.

Había sido una situación muy fea para todos, muy tensa, a ninguno de nosotros nos gustaba ver cómo le hacían daño a tu mejor amigo.

— Venga chicos y chicas, vamos a cenar que se enfría la comida, que tiene una pinta buenísima. — Dijo Chino tratando de quitar tensión al ambiente.

— Si, vamos. — secundó la idea Andrea.

Ya sentados alrededor de la mesa, ellos tres se abrieron otra cerveza y Andrea sirvió un poco más de vino para nosotras, antes de que yo pudiera negarme. Yo no bebía casi nunca, y dos copas de vino empezaban a ser demasiadas para mí.

Unai hizo de maestro de ceremonias cortando la tortilla y dejando cada trozo en cada plato con una soltura y un brío que le daría envidia a cualquier restaurante con estrella Michelin. Ha nacido para esto y va a ser un grande en el mundo de los chefs.

— Muchas gracias, Unai.

— De nada, guapa. — Le salió a Unai del alma.

— Eh eh ¡que estoy yo delante! — dijo Andrea con un poco de sorna.

— Guapa no, está preciosa. — respondió Chino con voz ronca y mirada melancólica.

Me temblaban hasta las pestañas y sentía cosquillitas en el estómago. Y ¿qué había de Miguel?, esta noche ni me había acordado de él pensando en Chino.

Tenía todo el tiempo en la cabeza a una persona que llevaba conmigo toda la vida. Una persona que había compartido conmigo lo mejor y lo peor de mí. Todo.

— No me digas eso que sabes que soy muy vergonzosa.

— Anda tonta que se te nota que estás falta de cariño. — Dijo Andrea entre risas.

— Está genial la tortilla. — Intenté cambiar de tema.

Y resultó, estuvimos hablando de todo y de nada. Comentando las chiquilladas que hacíamos de niños. Conversación banal y divertida para pasar una noche de verano más. Pero después de mucha risa, llegó la hora de que se marcharan.

Durante la cena comentamos que Andrea y yo íbamos a dormir juntas como cuando teníamos quince años y me quedaba en su casa. A Unai le colocábamos directamente en otra habitación. Iván subiría a su casa andando, estaba entre la mía y la de Andrea, a cinco minutos. Pero Chino estaba emperrado en irse a su casa, en moto. Alquilar una casa fuera de nuestro barrio era lo que tenía, había que moverse en transporte.

— Oye, me preocupa que te vayas en la moto. — le dije a solas, mirándole fijamente a los ojos, una vez habíamos terminado de cenar y nos habíamos levantado.

— Estoy bien, tranquila. — respondió con una sonrisa torcida.

— Y yo también. ¿Me la dejas? ¿A qué no?

— Ya y ¿cómo me voy a mi casa entonces? — alzó las cejas sin dejar de sonreír.

— Venga, pedimos un taxi.

— ¿Pedimos? ¿Te vas a venir a mi casa? — Dijo con sorpresa acompañado de una sonrisa canalla.

—Bueno — titubeé - Pensaba, en “pedimos” nosotros para ti, no para nosotros, tú y yo... quiero decir... - joder me estoy liando . Los colores otra vez han subido. Lo sé, noto el calor en las mejillas.

Chino me miró con media sonrisa, se notaba que estaba disfrutando con mi mal rato.

—Tranquila, sabía que no vendrías a mi casa. — me retó.

— ¿Qué te crees? ¿Qué no me atrevo? — entrecerré los ojos.

—No lo sé, dímelo tú — susurró con toda la intencionalidad del mundo.

Debió de notar la confusión en mi cara, porque enseguida aclaró lo que quería decir.

— A ver... me encantaría que vinieras porque hace mucho que no hablamos, y sinceramente... te echo de menos. Echo de menos las risas que compartíamos juntos con cualquier tontería, la amistad tan sincera que teníamos, echo de menos tus consejos, tu compañía...

Creo que mis pulsaciones aumentaron tanto que hasta podíamos escuchar el latir de mi corazón. ¿Me había dicho que me echaba de menos?

— Tienes razón, hace mucho que no hablamos... - eso fue lo único que se me ocurrió decir.

Silencio incómodo en el que seguíamos manteniendo la conversación con la mirada.

— Luego te traigo aquí, si quieres – susurró.

Después sacó su móvil y llamó a un taxi sin dejar se sostenerme la mirada. Joder que bien sabía hacerlo para convencerme.

Me estaba metiendo en la boca del lobo, lo sabía. Pero es que tenía tantas ganas de saber que había sido de él en todo este tiempo... Pero si daba el paso tendría que rendir cuentas.

— Tengo que ir al baño – y salí huyendo despavorida de esa sensación de querer irme con él al fin del mundo.

Al salir me paró Iván para despedirse de mí y yo lo único que hacía era ver si Chino aún no se había marchado. Hasta que escuché a mi amiga decir,

— ¡El taxi está en la puerta!

En ese momento Chino y yo cruzamos nuestras miradas, y me despedí de Iván para acercarme de nuevo a mi amigo.

— ¿Te vienes o no? – me dijo rozando levemente mi mano con la suya.

Le miré a los ojos y salí por la puerta. No podía articular palabra de los nervios por todo lo que esto suponía. Poner mi vida patas arriba por Chino, sí, por *mi* Chino.

Fui yo la que le puse el apodo, cuando reía de pequeño se le achinaban tanto los ojos que parecía del mismo Pekín. Eso me parecía a mí. Chino de la capital de China le decía, y él más se reía.

Ya en el taxi no cruzamos palabra, estábamos los dos muy nerviosos. Yo le escribí un whatsapp a Andrea “*perdóname*” y ella me respondió con un sincero “*disfruta de la vida*”. Él se limitó a darle la dirección al taxista, pagarle, y cuando llegamos, se bajó apurado a abrirme la puerta.

— Muchas gracias.

— Las que tú tienes. — Me respondió crecido.

Me cogió de la mano y me guio hasta el portal de su casa, pasamos al ascensor y comenzamos a mirarnos a los ojos, sin soltar las manos.

— ¿Qué hago aquí? — le dije, en gran parte incrédula.

— Has venido a conocer mi casa. ¿No? — sonrió.

Joder que estaba haciendo...

Entramos y en el descansillo aun a oscuras, e iluminados sólo por la luz de la luna que entraba por la ventana, me lancé a preguntarle:

— ¿Por qué me has invitado, Chino? — susurré.

Se acercó a mí despacio, y me cogió de las manos.

— Hoy me he dado cuenta que eres mucho más importante para mí de lo que pensaba. Cuando Raquel ha sido tan despectiva contigo, he sido consciente de que me ha dolido, me ha hecho daño que se dirigiera así a ti. Hacía tiempo que tú y yo no teníamos contacto, y me costaba acercarme a ti por que no estaba segura de que quisieras que lo hiciera.

— Te aseguro que si no me he acercado a ti ha sido por Raquel. Era muy difícil teniendo en cuenta que cuando lo intentaba se abrazaba a ti como una lapa.

—Te tenía unos celos tremendos.

— ¿Por qué? si no la he hecho nada.

—Porque no es ciega.

— ¿Ciega?

—Eva, es evidente que yo no podía dejar de mirarte y se dio cuenta. — Hizo una pausa — a ver... somos amigos desde la infancia ¿no? — Asentí - y durante un tiempo me gustaste... y mucho. Luego apareció Miguel, tiré la toalla y maldije el tiempo que había desaprovechado contigo. Pero de hace un tiempo aquí, no paro de pensar en ti y aunque he intentado evitarlo y centrarme en mi relación con Raquel, estaba claro que tarde o temprano acabaríamos explotando. Y hoy ha sido el día. — tragó saliva mientras yo le miraba sin saber que decir, con un nudo en la garganta que me impedía hablar. — Eva, me gustaría que retomáramos la amistad y que cuando estemos preparados empezáramos algo que nunca acabe.

Escuchando eso, me lancé a su boca, como nunca había besado a nadie. No me salían las palabras, pero los hechos sí.

Del salón pasamos a la habitación dando tumbos sin separar los labios. De ahí a quitarnos la poca ropa que se llevaba en esta época del año y a disfrutar el uno del otro.

Me despertó el sol y no sabía qué hora era, estaba sola en la cama.

— ¿Chino?

— ¡Haciendo el desayuno! Un minuto y te lo llevo.

Estaba súper contenta de haber dado ese paso. Sabía que arriesgaba, que mi vida iba a dar un vuelco, y que la conversación con Miguel no sería nada fácil, pero sentía mucho por Chino.

Me puse el vestido para gustar, el que me daba seguridad y a otras hizo temblar. Que yo estaba contenta con la vida que tenía, pero lo de anoche fue perfecto. Fue sublime, espectacular.

Anoche empecé mi nueva vida, y no fue sólo una noche de verano más.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todas las personas que me apoyan día a día para que siga escribiendo, que aunque a veces tengo que reconocer que tengo ganas de tirar la toalla, vosotros y vosotras me dais la fuerza para seguir.

A mi familia, amigos y amigas por estar junto a mí y no soltarme nunca la mano.

A Efrén, por ser una persona con un corazón que no le cabe en el pecho y escribir este prólogo que dice cosas tan bonitas relacionadas conmigo y mi manera de escribir.

A Marien y Aroa por darme su opinión e ideas para la portada, que he hecho yo como buenamente he podido.

A todos y todas las lectoras que me acompañan en este camino tan difícil pero que tantas alegrías me ha dado y espero me siga dando.

GRACIAS DE CORAZÓN.



Podéis seguirme en:

Instagram como [@mariabeatobe](#)

Facebook como Maria Beatobe Escritora

Twitter como [@mariabeatobe](#)

Y si queréis contactar conmigo por email es mariabeatobe@hotmail.com